

# Veradero de las palabras

## ALBERTO VILLARREAL DÍAZ

Asumida y comprendida está, la distancia entre el lenguaje y las cosas que existen. Lo que es y lo creado para expresar lo que es, son dos paralelas sin el beneficio unitivo del vértice. Entre la piedra y la palabra piedra, hay un hueco infinito de convenciones, de acuerdos y suposiciones que hacen que esa palabra me acerque al objeto real. Si digo piedra, supongo que ahí inicia el camino desde mi boca y el oído que me escucha hasta la piedra como masa en su caja gravitatoria. Pero nada sustenta que esa sonoridad, que esa articulación de la boca y aire humanos, tengan algo que ver con una piedra.

En la tesitura de las emociones es diferente. La angustia, la alegría, el deseo de matar, la compasión, no requieren de palabras. Son los mismos órganos los que se adaptan a nombrar, incluso con una exhalación de aire imposible de transcribir al alfabeto, las emociones más verdaderas, que pasan o se vuelcan, con todo el pesar nuestro del pudor, la hipocresía o la vergüenza. Pero si ni las mismas emociones humanas son transcribibles a lenguajes alfabéticos humanos, mucho más, desconsoladoramente más lejos, nos queda transcribir o decir piedra y que algo de esa vibración tenga que ver con la piedra de masa en caja gravitatoria.

El problema se hace más complejo, cuando a través del ciframiento alfabético, tratamos de transmitir ideas

complejas. Un concepto, es siempre algo particular, una cosa del yo, y como cosa del yo algo finito, incompleto y breve. Imposible es que dos personas entendamos lo mismo cuando una le dice a otra “vacío” y la otra dice “sí, el vacío” hay algo distinto en cada una, una brecha de otredad infinita e irremediable. Cada vez que se pronuncia una palabra, la palabra se reinventa, se resignifica y pierde sentido. El lenguaje es un acto del instante, una invención momentánea, una ficción sonora que mantenemos como seres temerosos del caos, del ruido y del silencio.

A la escritura, como derivada del lenguaje, le crece en sí la distancia con la piedra. Se aleja más de la naturalidad de las cuerdas vocales irremediabilmente cercanas a la emoción, al paso del aire vital que entra y sale de los pulmones. La escritura que entra y sale por las manos, por nuestras extremidades más terminadas, más refinadas, se aleja del mundo orgánico de la emoción, se crea en la zona más detallada, precisa y humana de nosotros mismos, nuestras manos en posición de sujetar el cilindro de la pluma. Bien los sabios árabes inhalaban antes de escribir una letra y exhalaban mientras la trazaban. Una vez terminado el aire, la letra terminaba. Ejemplo más cercano que conozco de saber escribir. Eso y los mandalas, los jardines zen, ejemplos demasiado breves para ser escritura humana, cuya existencia y evolución de la tinta hasta nuestros días, supone el ejercicio de existir en el tiempo, de permanecer, de reedicio-

nes. Fuera de eso, yo como occidental, aprendí el proceso de escritura más apto para que un día, de adulto llegara a no saber escribir. Decenas (miles en mi mente infantil) de planas llenadas tediosamente de osos, patos y otros animales para enseñar a la mano a trazar un signo, valorado en su igualdad a la letra impresa en el libro de enseñanza. Aprender a repetir el trazo. Correcto, sin líneas de mano temblorosa, semejante al hermoso pato de la maestra. Planas y planas. Desvaloración de la escritura como ejercicio humano, imperfecto, irregular.

Muchos años después frente al paredón de la hoja blanca, yo recordaría cuando mi maestra me llevó a conocer el hielo de la letra bien trazada. Ahí comienza la soledad de la escritura.

Mi teclado de la computadora donde escribo, tiene las letras trazadas de forma perfecta. Tan bonitas como las del libro de enseñanza, sólo que aquellas eran negras en el papel blanco y estas son blancas en el teclado negro. Esa diferencia dice mucho, literariamente creo.

Y así, como ex escriba de una escuela primaria, como un ser que al tomar una pluma o un lápiz (más honesto creo para lo que escribimos los humanos, con la sabia guadaña de la goma tan cerca de nuestros ojos) me perturbo porque cada vez que trazo con la mano, sin mi teclado, la letra es más fea, más ilegible para mí que la escribo. Así me pregunto por qué me queda tan lejos escribir piedra de la piedra. Por qué escribir piedra es mejor que poner *petra*, *pieddrra*, *pierrra*, *piea*, *p*.

La escritura va haciéndose delgada.

Ya no lo ve usted, porque este texto está impreso, encajonado entre miles de letras de otros textos, pero seguro ha visto el latido constante sin arritmias, paros cardiacos o taquicardias del cursor del monitor. Esa línea negra que aparece y se pierde, de naturaleza de semáforo en preventiva, ¿qué nos advierte?, ¿qué chorro infinito de tinta brota de él para que las palabras se escriban? En este graduable destello de pantalla, ¿la palabra piedra está más cerca de la piedra?



Sebastián

*Sebastián*

Asumida y comprendida está la distancia entre la palabra piedra y la piedra. Entonces ¿qué clase de cascada, de barrena o de aislante son las bibliotecas, esas masas empastadas llamadas libros? Cuando abro uno, y veo su derrame de letras, su caída de izquierda a derecha y abajo, busco respuestas. Y se encuentran sí, variadas y sustentadas en sus columnas de bibliografías y notas a pie de página. Pero después de rastrear la misma palabra por entre los autores, que siempre son más los muertos, me queda una especie de fósil, de huella de lo que estuvo vivo, de lo que se arrastró en otro tiempo. Hoy cuando leo, cuando hablo, sólo busco una palabra piedra más cercana a la piedra de lo que están las palabras piedra de nuestros periódicos, de nuestros libros, de nuestros poemas, del niño que la aprende por primera vez. Creo que la literatura no tiene hoy otra necesidad, ni otra sustancia que la de acercar a piedra con piedra. Si no serán mejor las gomas, las teclas “Supr” o dejar el cursor en palpitaciones inmutable, absorto en la contundencia de ser la única letra a que se redujo la literatura y la esencia humana.